

á recoger. Con efecto, nuestro intérprete, que se llamaba Dagal, habiendo observado que el sueño nos iba poco á poco ahincando los ojos, y que las pápebras ya no se sostenian, se despidió, y se retiró, dexandonos en entera libertad de hacer lo mismo. Fuimonos pues á dormir, y la mañana siguiente luego que nos levantamos, hallamos ya prontos á nuestros criados para hacer todo lo que les quisiésemos mandar. Ciertamente que no sabia hacer otro tanto el page mas servicial y mas despejado de París. Era á la verdad gran gusto ver executado todo quanto deseábamos, y les tocaba hacer á ellos, sin que nos costase siquiera una palabra. Despues de levantados, nos juntamos todos en la galería, que servia como de antesala á nuestros quartos, discurrendo de la extraordinaria aventura que nos estaba sucediendo. Y aunque los mercaderes Portugueses tenian tantos motivos para estár afligidos por la pérdida de su hacienda, por la grande distancia de su patria, y por haber dexado en ella tantas caras prendas en sus mugeres é hijos, todavía les servia de grandísimo consuelo el risueño aspecto con que les miraba la presente felicísima fortuna. Y yo que lloraba ya pérdida á mi querida Irene, y muertos todos mis parientes, por lo que había resuelto pasar lo que me restaba de vida en el obscuro retiro de un claustro, entregado enteramente á la mortificacion y pobreza Religiosa, nada tuve que hacer en conformar-

marme con este nuevo bellísimo destino, cuyo alegre semblante me estaba prometiendo las mayores felicidades.

## CAPITULO VI.

*Curiosas conversaciones entre los Portugueses y el Siciliano. Son admitidos á la primera audiencia del Rey. Convidados á comer, y sucesos de la mesa.*

Discurriamos entre nosotros sobre las cosas tan estrañas que nos estaban sucediendo, y no nos acababamos de maravillar de la policia y arregladas costumbres de una Nacion, de que hasta allí no se habia hecho caso alguno; con cuyo motivo salió á la conversacion el método practicado en la cena de la noche antecedente. Entónces un mercader, hombre de estraña figura, pequeño, rollizo, rechoncho, gran panza, igual pestorejo, pantorrillas colosales, y una sotobarba que parecia segunda cara colgada de la primera. Este tal, que se llamaba Don Bíbulo: yo á lo menos (dixo con voz entre hundida y resbalada) nunca alabaré el maldito uso de que solo gire tres veces el vino en cada sesion de la comida ó la cena. Mi costumbre es beber siempre que me da la gana, y no me sien-

to bueno, mientras no caliento el estómago con veinte vasos bien llenos de vino generoso. Esta noche pasada me costó gran trabajo hallar el sueño, y si no se muda esta costumbre, yo me habré de morir por cumplimiento. Consuélese Vmd. le repliqué yo, pues el General nos aseguró, que con el tiempo tendríamos libertad para vivir á nuestro modo, y él mismo lo ha convencido con su exemplo, pues hemos visto que se trata muy diferentemente de lo que aquí se usa. Mientras nos mantengamos en la Corte, será menester callar y tener paciencia: quando seamos destinados á la guerra y al mando de las tropas, entónces comeremos y beberemos á nuestro modo, sin que nadie nos lo impida. Eso está bien, repuso el Mercader; pero quando llegará ese tiempo para mí? Yo siempre he sido un hombre muy pacífico, y nunca he sabido manejar ni la pica, ni la espada. Nunca he sabido qué cosa es guerra, sino quando oía hablar de ella en los cafés, en el mostrador de algun boticario, ó en los mentideros de Lisboa. Eso mismo, dixeron los otros, es lo que tambien nos hace á todos desesperar de vernos algun día libres de esta esclavitud. Nosotros no hemos estudiado por otros libros que por los de caja, ni nos hemos aplicado á otras letras que á las de cambio, y nuestro oficio no ha sido otro que traficar, echar cuentas, hacer avances, comprar los géneros al precio mas baxo que podíamos, y venderlos al mas alto que

que nos era posible. En quanto á ese prudente temor que ustedes tienen, los respondí, espero desvanecersele. Sepan ustedes que yo me hallé en la guerra de la Moravia y de Ungria: tuve la curiosidad y el gusto de ver muchos exercitos militares en varias partes de Europa, de manera que me parece saber lo que basta para ser tenido por un Anibal, ó por otro Scipion Africano entre esta gente colecticia y sin experiencia. Yo me atrevo á enseñar á ustedes los principios de este arte, sin haber leído jamás á Vegecio, y en poco tiempo les enseñaré no solo á llevar la pica y manejar la espada, sino tambien á mandar las marchas, las contramarchas, las desfiladas, los quartos de conversion, con todas las demás evoluciones mas ordinarias para atacar y repeler al enemigo, tanto en los avances, como en las retiradas, y así en el asalto, como en la defensa. Los enseñaré á tremolar la bandera, y el manejo del baston. En una palabra: á pocos dias de cursar esta escuela, pasarán todos ustedes en el concepto de estos Madagascarenes por otros tantos Príncipes Eugénios, y Mariscales de Tallard. Riéronse los Portugueses quando oyeron mi discurso, y todos se dispusieron á recibir mis lecciones, reconociéndome desde aquel punto por su Gefe y Maestro en el arte de la guerra. Pero mientras tanto ¿qué ha de ser de nosotros? preguntó un mozueto como de veinte á veinte y dos años; ¿y qué hemos de hacer de estas malditas viejas que tenemos siempre delante de los ojos? ¿Hemos de

estár perpetuamente así, sin ver siquiera de quando en quando alguna linda cara que nos alegre? Segunda vez hizo reír á todos esta ocurrencia del mozuelo, y otro de su edad, que quiso llevar la burla adelante, añadió: yo me acuerdo de haber leído en la historia de Alexandro, que llamaba *dolores de los ojos* á las mocitas Persianas. ¿Cómo llamaria aquel Monarca á estas vejarronas Madagascareas, si las tuviera delante? Si las mugeres de Capra, dixen yo entónces, hubieran sido como estas nuestras isleñas, á fé que no hubieran hecho el daño que hicieron en el ejército de Anibal, afeminándole, y enervando toda su disciplina militar. Y pues que nosotros hemos de ser otros tantos Anibales, es menester que desviemos de nuestros ojos todo objeto de tentacion.

Mientras nos estabamos divirtiendo con estas inocentes burlas, nos interrumpió nuestro intérprete Dagal, el qual entró á decirnos, que aquella misma mañana debiamos ser introducidos á la primera audiencia del Rey. ¡O! ahora sí (dixo el festivo Portugués) que es menester que nos vistamos de gala, y con toda pompa y gravedad, para sostener el ventajoso concepto que se ha hecho de nosotros. Con efecto cada uno se vistió lo mejor que pudo y supo, para recibir aquel gran honor, y quando estuvimos todos prevenidos, nos encaminamos, precedidos de nuestro intérprete, á la puerta principal del palacio, donde fuimos recibidos de los criados de librea, mientras al pie de una bellísima escalera de mármol,  
en

en figura de caracol, estaba apostada la guardia noble. Subimos por medio de ésta, y entramos en un salon, cuyo maderamen era todo de excellentísimo box, y por éste entramos en otro, cubierto con un artesonado de fragantísimo cedro, en medio del qual se elevaba un magestuoso trono, y en él se dexaba ver sentado nuestro nuevo Soberano. Era un hombre como de quarenta años, de estatura que se acercaba á prócera, perfectamente bien formado, así de cara, como de todos los demás miembros, lampiño como todos sus súbditos, cabello negro, y naturalmente enrizado, ojos vivos y brillantes, con la nariz un si es no es aguileña. Su vestido era un manto de finísimo algodón, color celeste, cubierto el cuerpo con una cierta especie de blanquísima y delgadísima camisola, que le llegaba á las rodillas. Sus pies descalzos, bien que cubiertos con un género de sandalias, alistonadas con ricas cintas carmesíes, que subian serpenteando hasta cerca de las pantorrillas, á manera del calzado que usan los Turcos. Tenia en la mano un cetro, en cuya punta se representaba el sol, y adornaba su cabeza una corona, cuyos rayos terminaban en otras tantas estrellas. Así el cetro como la corona eran de un blanquísimo marfil, que es el género mas precioso y mas estimado en aquel País, donde hay cierta especie de elefantes, que subministran todo lo necesario para fabricar así estas insignias de la Magestad, como todas las cosas, y todos los vasos mas precioso-

ciosos para el servicio de la Corte, estando prohibido su uso á toda otra persona privada. Al pie del trono estaba en pie el Mayordomo con el Cancillér, y á los dos lados de él los Consejeros de Estado. Hicimos tres profundas reverencias al Monarca con una rodilla en tierra cada vez, y el Príncipe nos recibió con semblante apacible y risueño. Quando llegamos al último escalon del trono Real, se sentaron los Consejeros, y nuestro Intérprete Dagal comenzó á hablar en nombre de nosotros de esta manera: Señor, vuestro esclavo presenta á V. M. estos nuevos súbditos que el cielo os ha enviado de las mas remotas partes del mundo. Ellos, Señor, os juran perpetua fidelidad, prometiendo que emplearán todo quanto pueden y saben en el aumento de vuestra gloria, en el mayor bien de vuestros Estados, y en la mas completa felicidad de vuestro Reyno. Luego que el Intérprete acabó de decir estas pocas y sencillas palabras, cada uno de nosotros fue á tocar con la mano derecha el pie de su Magestad en señal de vasallage, y despues nos hicieron pasar á la mano derecha del trono, donde estaban los Consejeros. Subió entónces el Cancillér dos gradas del sòlio, y en nombre del Rey nos respondió, que su Magestad nos recibia con gran gusto en el número de sus vasallos y de sus hijos, asegurándonos de su gracia: asi como él estaba seguro de nuestra correspondencia, y de nuestra solicitud en hacernos cada dia mas dignos

nos de aquellos dos títulos tan honoríficos, que nos dispensaba su Real benignidad.

Mientras pasaban estas cosas en la Sala de la Audiencia, habian entrado en ella nueve pagés con sus azafates de marfil, y nos presentaron una especie de cimitarra á cada uno, siendo el mango de la cimitarra de la misma materia que los azafates: distintivo que nos declaraba quedar ya admitidos en el número de los Cortesanos de su Magestad. Despues de esta ceremonia, nos fuimos retirando de la Audiencia con el mismo órden con que habiamos entrado en ella, y nos restituimos á nuestro alojamiento, habiendo observado que el Monarca nos habia contemplado á todos de pies á cabeza con la mayor atencion y curiosidad. Libres ya de aquella visita mas presto de lo que habiamos pensado, nos dixo el Intérprete Dagal, que de órden del Rey nos debiamos juntar, y elegir nosotros mismos uno de nuestros compañeros, que tuviese la honra de comer aquel dia con su Magestad. Todos á una voz me nombraron á mí, no ya porque aquella misma mañana me hubiesen proclamado por su Gefe y Maestro, sino porque teniendo alguna mayor tintura ó conocimiento de las cosas de guerra que otro alguno de ellos, les pareció que mi conversacion podia ser mas del gusto del Rey. Quando me separé de su compañía para volver á palacio, Dagal que me acompañaba, me dixo, que el Rey habia querido dexar á nuestra eleccion

cion el sugeto que debia sentarse á su mesa, para que si entre nosotros habia alguno que se considerase mas digno que los otros por su nacimiento ó por su sabiduría, le hiciesen esta justicia los mismos que le conocian, porque no teniendo su Magestad noticia alguna de nuestras personales circunstancias, no podia hacer con equidad el menor discernimiento. Asi que (añadió) habiendo merecido tú que se te dé el primer lugar por unánime consentimiento de todos tus compañeros, es forzoso que seas el mas digno; y en virtud de esta consideracion mi Soberano te mirará siempre como el primero de todos. Confieso la verdad, que no dexaron de mover bastante mi vanidad estas lisonjeras voces, bien que en la respuesta que dí, aparenté una grandísima modestia, atribuyendo á la de mis electores la exclusiva de aquel honor que se habian dado á sí mismos, por honrarme á mí con él. Apenas acabé de pronunciar estas palabras, quando entramos en el quarto del Rey. Quedé altamente sorprendido al ver al gran Monarca de Madagascar despojado de todas las insignias de la Magestad, en un hábito privadísimo, sin la menor cosa que le distinguiese de todos los demás que le hacian corte. Amigo (me dixo en mi lengua Castellana, que entendia y hablaba perfectísimamente), amigo, ahora no me debes considerar como tú Rey y Señor, sino como qualquiera otro particular igual tuyo. No quiero ser respetado como Rey, sino en aque-  
llas



A. Camarín lo dibujó.

F. Vignola lo gravó.

*El joven Siciliano y los Portugueses son admitidos á la primera audiencia del Rey, de Madagascar.*

En las ocasiones en que estoy exerciendo alguna función propia de la Magestad. En la mesa, y en las demás gestiones que son propias de todos los hombres, no menos que en las indispensables necesidades de la naturaleza, me acuerdo que no me diferencio del mas miserable y mas vil de mis vasallos, y así en semejantes ocasiones no solo no pretendo, sino que no quiero admitir etiqueta, ni distincion que no sea comun á todo hombre de pudor y de crianza. Sentémonos pues sin ceremonia, y despues que hayamos dado algun pasto á nuestros cuerpos, será de tu cargo darle tambien á mi espíritu, respondiéndome á lo que yo te preguntare. Obedecí á su Magestad, y sin aguardar á la ceremonia de sentarnos unos despues de otros, todos á un mismo tiempo nos sentamos á la mesa, la que se componia de cinco comensales. Ella fue poco mas ó menos como la de la cena antecedente, salvo el ceremonial de los brindis, que se hicieron sin aparato, y muy á la usanza domestica. Terminada la comida, el Rey me hizo varias preguntas sobre las cosas de nuestra Europa, y debo decir que sin duda le satisface, porque se mostró sumamente contento. Duró como dos horas esta gustosa conversacion, pasadas las quales el Rey se retiró, y yo fui conducido á nuestro alojamiento, donde los compañeros me estaban esperando con impaciencia, deseosos de saber cómo me habia ido en el banquete Real. Despues que les referí menuda y sinceramente todo lo que habia pasado, contandoles prolijamente el número y calidad

dad de los platos y bebidas que se habian servido á la mesa, ninguno mostró tenerme envidia, ni deseo de ser convidado, pareciéndoles que ni en los manjares, ni en los licores habia cosa alguna que tentase demasiado el apetito. Antes bien, dixo Don Bíbulo: á lo que yo veo, los Reyes de estos parajes viven con mucha economía; y vale mas una comida de un Mercader de Lisboa, que diez convites Reales de Madagascar. Y así, amigo (añadió, volviéndose hácia mí) enséñeme usted quanto antes sea posible, el arte militar para librar-me presto de la sujecion de comer y beber tan sóbriamente. Nuestra mesa ha estado hoy mucho mas parca que la de ayer, y si esto va adelante, temo que hemos de llegar á mantenernos del ay-re, como las cigarras y los camaleones.

## CAPITULO VII.

*Lo que observaron el joven Siciliano y sus Compañeros en la Corte de Tarapasar en los Artesanos y Traficantes; y la conversacion que tuvieron con su Intérprete acerca del comercio y sitio de aquel País.*

Mientras Don Bíbulo nos divertia á todos hablando de esta manera, llegó Dagal y nos pre-  
gun-

guntó, si gustariamos de salir á pasear un poco por la Ciudad. Todos se mostraron deseosísimos de hacerlo, y sin mas dilacion nos encaminamos á la puerta de la Fortaleza, precedidos de nuestros respectivos criados, los quales iban de dos en dos delante de nosotros. Quando llegamos al fin del tercer puente, se paró nuestro Intérprete, y volviéndose hácia nosotros, nos dixo, esta Ciudad Señores, está repartida en tres cuarteles, los quales se puede decir que son otras tantas Ciudades: en el primero están los Nobles, á cuya clase pertenecen todos aquellos que viven de sus propias rentas: en el segundo están los Profesores de las ciencias y artes liberales, los quales son mantenidos á costa de la Real Hacienda: en el tercero están los Traficantes, y todos los que trabajan en las artes mecánicas. Ahora diganme ustedes por donde quieren comenar. Yo hubiera gustado que comenzase nuestra visita por el cuartel que habia sido nombrado en segundo lugar; pero mis compañeros, que como ya he dicho, eran todos Mercaderes, deseosos de ver cómo giraba allí el Comercio, concordemente dixeron, que ante todas cosas querian ir al cuartel de los Traficantes. Revolvimos pues sobre la mano izquierda, y habiendo caminado como doscientos pasos á lo largo del foso, y junto á las murallas de la Ciudad, entramos por una puerta, en cuyo frontispicio se veían gravadas en piedra las insignias y símbolos de los géneros y de las artes